

MIGUEL GIUSTI / PEPI PATRÓN (editores)

EL FUTURO DE LAS HUMANIDADES

Las humanidades del futuro

Capítulo 20



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

El futuro de las humanidades, las humanidades del futuro
Miguel Giusti y Pepi Patrón (editores)

© Miguel Giusti y Pepi Patrón, 2010

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2010

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: agosto de 2010

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2010-10828

ISBN: 978-9972-42-936-1

Registro del Proyecto Editorial: 31501361000410

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

EN TORNO AL HOMBRE ACTUAL Y EL FUTURO DE LAS HUMANIDADES

Roberto Criado Alzamora
Pontificia Universidad Católica del Perú

Quisiera comenzar esta reflexión con una impresión general acerca de la situación actual de las humanidades. No creo equivocarme al afirmar que todos los aquí presentes estamos, en líneas generales, convencidos de la vigencia de los valores humanistas y de la importancia del cultivo de las humanidades. A la vez, compartimos la sensación de que el panorama en la sociedad y la cultura actuales no es precisamente el más promisorio para nuestro quehacer. Así lo muestran, con claridad, las entrevistas recogidas en el documento de trabajo elaborado por los organizadores de este encuentro: prácticamente en todas ellas se deja ver nuestra férrea convicción y la incomodidad ante tiempos tan poco receptivos.

Preocuparnos por el futuro de las humanidades supone, qué duda cabe, hacernos cargo de estos dos aspectos de la situación actual. Ello no obstante, centraré mi atención principalmente en el segundo, en esa sensación de crisis que, a pesar de nuestras convicciones, es a todas luces evidente. Una consideración serena, sin embargo, nos muestra que los problemas se sitúan allende estos muros. Aquí en el claustro, bajo el techo de esta universidad, de esta casa de humanidades, no hay ciertamente crisis ni falta de vigencia. Tampoco dudas. El trabajo de cada uno de ustedes así lo atestigua. Pero esa realidad y esa certeza se diluyen si nos alejamos de este campus, de sus aulas y bibliotecas, de las preocupaciones que aquí nos ocupan y con las que día a día nutrimos a quienes han venido aquí a formarse. Y no me refiero solo a los ámbitos de la vida pública nacional, sea en el parlamento, en las calles o en los medios de comunicación. Basta echar una mirada a las otras instituciones de educación superior, esas que especialmente en los últimos años han empezado a proliferar en nuestro medio, para comprender que el primer escenario de la crisis de las humanidades es, precisamente, aquel que las debería tener en su seno y cultivarlas. La universidad, tal como la concebimos en esta casa —y ojalá sea siempre así—, está en crisis en el país. Y esa crisis está en directa relación con el distanciamiento entre formación superior y valores humanistas.

Ya hemos reflexionado acerca de esto y lo hemos enunciado en más de una ocasión: una nueva concepción de la educación superior se ha instalado en el seno de la vida nacional y ha desplazado, con su publicidad y su competencia, la correcta comprensión de nuestra labor como formadores de personas. La nueva universidad, si tal nombre es realmente adecuado para ella, es verdaderamente hija de estos tiempos: ella acepta sin cuestionamientos los presupuestos de quienes anunciaron el fin de la historia y las ideologías, de quienes creen ciegamente en la globalización y sus beneficios, de quienes se mofan de aquellos que osan poner en tela de juicio la evidencia de las bondades del mercado como rasero para todas las cosas humanas. Se trata de centros de formación superior que, de un modo puramente instrumental, han acomodado sus fines y objetivos a la lógica del mundo empresarial. Según ese modelo —uno que, esperemos, siga siendo ajeno a nuestra concepción de la universidad— lo que los alumnos buscan (y, en su concepción, no deberían buscar otra cosa) es formación profesional, capacitación en un oficio que les permita incorporarse rápida y exitosamente al mundo laboral. En el mundo reducido al ideal hobbesiano de hombres que son lobos del hombre, entendido acorde con los tiempos, es decir en clave económica y mercantil, ¿qué puede desearse aparte de un salvoconducto al éxito al interior de la manada? Estatus económico y sensación de logro, eso es lo que ofrece la nueva universidad. Y, convencida del carácter evidente de su raciocinio, descarta todo aquello que resulte accesorio o represente una pérdida de tiempo en esta carrera; porque en verdad lo es para ellos. Y ahí van las humanidades. ¿Para qué detenernos a filosofar si podemos encontrar resumidas en algún lugar de la Internet las conclusiones a las que llegó tal o cual pensador?, ¿para qué perder el tiempo estudiando nuestra historia si de lo que se trata es de construir el futuro?, ¿para qué perder el tiempo educando la sensibilidad si eso forma parte de los ratos de ocio, no de la formación profesional? En un escenario así, en una situación tan desesperada —porque ¿de qué otro modo llamar a una circunstancia en que vivir no es más que una constante y despiadada competencia por la eficiencia que nos permitirá sobrevivir?— no hay, ciertamente, lugar para las humanidades. «La cultura no se come» se dice —y, curiosamente, en ese discurso signado por el éxito personal y el lucro aparecen, por primera vez, los pobres del país—; no hay tiempo para ella si tenemos que competir por un puesto de trabajo, por un aumento, por un pedacito de bienestar material. Y la evidencia cae por su propio peso: para qué perder tiempo cultivando habilidades que, por muy loables que sean, no tienen finalidad práctica alguna. Para qué filosofar, para qué preguntarse por la belleza o por la naturaleza de la existencia humana o por el ser del lenguaje. Hemos cambiado de paradigma, se nos dice. Y, así parece a veces.

Estamos, afortunadamente, a salvo de esas concepciones. Al menos aquí, entre estos muros. Sabemos, porque tales concepciones no resisten realmente el análisis, de

qué pie cojean esas prédicas triunfalistas. No somos ciegos al afán de lucro que busca esconderse tras el velo de la eficiencia y los cambios que exigen los nuevos tiempos. Tampoco somos ingenuos como para no poder responder a sus argumentaciones y enfrentarlas en el campo de las ideas. Con solvencia hemos demostrado lo errado de tales concepciones. Sabemos que esa visión pretendidamente realista del mundo actual tiene la profundidad de una careta, que la vida no se reduce al mercado y a la competencia, que la realización va más allá del bienestar económico y que, dado el caso, los profesionales íntegramente formados son más eficientes, más creativos y más emprendedores que quienes apenas han recibido el barniz de la formación laboral, porque eso es lo que ofrecen estas universidades de nuevo cuño. Bien vistas, todas las virtudes que ese discurso del éxito ensalza surgen de manera duradera de la formación integral que nos esmeramos en ofrecer. Eso y más: compromiso, dignidad, solidaridad. Nuestra apuesta por la verdadera formación superior, aquella que está encaminada a la excelencia en la búsqueda y el cultivo del saber por el saber mismo, aquella que brinda a nuestros alumnos la realización de descubrirse cabalmente como personas, se mantiene incólume. Y, sin embargo, la sensación de crisis, la impresión de estar perdiendo una batalla, persiste.

Lo repito. Ya hemos reflexionado sobre todo esto. Hemos enarbolado la crítica ahí donde esta se hacía necesaria, hemos denunciado los discursos falaces y los peligros que entrañan, pero esa voz de alerta se ve apagada en el aire de los tiempos que corren. No hemos sabido, no hemos podido hacerles frente, por más convencidos que estemos de lo correcto de nuestra opción y nuestras decisiones. El discurso de la nueva universidad se ha vuelto hegemónico y no hemos podido evitarlo. Quizá, y es la primera conclusión que arriesgo, hemos errado el frente. Hemos optado por criticar esta nueva concepción de la educación superior y por defender la nuestra cuando las condiciones generales de la sociedad y la cultura sesgan todo intento por sopesar ambas opciones. En buena cuenta, hemos concentrado nuestros esfuerzos en denunciar el modo en que estas nuevas maneras de entender y poner en práctica la formación superior desvirtúan su esencia misma y, en última instancia, empobrecen el horizonte humano que generan como resultado. Hemos denunciado el modo en que estas concepciones deshumanizan a las nuevas generaciones al privarlas de los valores que deberían guiar sus aspiraciones. Y no ha sido poco lo que hemos hecho en esa línea. ¿O sí?, ¿cuánto hemos logrado dejar sentado como instancias necesarias, por no decir urgentes, de humanización?, ¿qué hemos logrado establecer como modelo de vida deseable para todos en la práctica?, ¿qué valores hemos logrado contraponer a la búsqueda del éxito o al afán de lucro, con la misma contundencia con que estos se publicitan por doquier?, ¿cómo es que estando tan convencidos, como efectivamente estamos, de la corrección de nuestras convicciones no hemos

sido capaces de convencer a los demás de abrazarlas? Tenemos logros que enseñar, se me dirá. Y sé que es cierto. No podemos pretender competir desde el ámbito académico con la publicidad masiva, se argüirá, y seguramente con razón. Pero, no obstante la justeza de estos descargos, me queda la amarga sensación de que también al menos en algo hemos errado el camino. La crítica de los errores ajenos y la defensa de la corrección de nuestras opciones nos han vuelto susceptibles de descrédito: son ciertamente falaces las imputaciones que pretenden equiparar el carácter tradicional de nuestra concepción de la universidad con cierta ineptitud o miopía para leer los nuevos tiempos, son refutables las oposiciones entre tradición y modernidad o entre novedad y bienestar; y sin embargo ahí están, se han establecido en el seno de nuestra sociedad y, con la verdad en la mano, nos hemos mostrado incapaces de conjurarlas.

Lo repito, si hay crisis de las humanidades, ella se encuentra allende estos muros. Ella se da en lo que, allá afuera, no hemos sabido leer con suficiente sagacidad. Y quiero enfatizar esto: no se trata de ineptitud a la hora de interpretar el modo en que el hombre actual está siendo, el modo de comprender su ser en el mundo, sino en nuestra relación con ese allá afuera, con nuestra intuición de cómo desde allá se nos interpreta a nosotros. La cada vez mayor interdisciplinarietà en las humanidades nos ha permitido abordar las nuevas manifestaciones de la cultura, nos permite seguir adaptándolas al lenguaje que utilizamos en estos recintos para analizarlas y comprenderlas. Las nuevas teorías nos permiten asir lo nuevo y cambiante, es cierto. Pero no hemos cambiado nuestro modo de actuar frente a ello en el escenario general de la sociedad. Es en el mundo del hombre actual allende estos muros donde se escenifica la crisis y en donde se debate el futuro de las humanidades. Es en relación con él que debemos pensar, quizá no las humanidades del futuro, pero sí, ciertamente, a los humanistas del mañana.

El mundo del hombre actual es ciertamente complejo, todo un galimatías que apenas logramos desentrañar. El ideal baconiano del dominio de la naturaleza, en el que tantas esperanzas se cifraron, él que tantos logros sorprendentes ha dado a luz empieza a tocar su propio fondo en los recursos naturales que agotamos, en el cambio climático que anuncian los titulares de los medios de comunicación y que no sabemos si podremos frenar, no porque sea imposible o inevitable, sino porque la misma racionalidad económica, sea en aras del bienestar o del lucro, vuelve inviables las medidas correctivas que puedan evitar el desastre. En este mundo de comunicaciones y economía globalizadas, el hombre se puede ver víctima de terribles consecuencias causadas por la especulación bursátil o la irresponsabilidad financiera, no ya de sus gobernantes sino de otros hombres de piel, vestimenta y lengua distintas, habitantes de otras tierras que él quizá apenas vislumbra como realidades al otro lado de una pantalla de televisor o tras las lujosas vitrinas de tiendas de moda. Esos peligros, o los

de las guerras del petróleo o los atentados del terrorismo internacional, son la versión exponencialmente elevada de las pestes medievales, tal como las imágenes de otras tierras pueblan nuestros hogares a través de Internet mucho más que los cuentos de lejanos reinos de antaño. Momentáneo y vertiginoso es el mundo del hombre actual. Racional y a la vez incomprensible. Y ante la realidad del ahogo de las urbes, con sus combis, su pobreza y su estridencia, las opciones de vida no parecen poder ser sino apresuradas. Lo vemos en los jóvenes, en su deslumbramiento por la vida intensa, por extasiarse lo suficiente como para no sentir el transcurso, como para no extrañar el sosiego. Ese es el hombre actual, el mismo que ha llevado cada vez más al extremo ese modo de ser que ya Sófocles, en su *Antígona*, había descrito como la más portentosa de las cosas portentosas: aquel que eleva las posibilidades de bien y de mal a su máxima expresión y las confunde de manera inextricable. Los grandes logros de la ciencia médica empañados por la racionalidad económica de la venta de medicamentos, la mejora de las condiciones de vida vueltas insuficientes por la explosión demográfica, la creciente generación de riqueza y su acumulación en cada vez menos manos. El despliegue inusitado de los medios de información y la degradación de la comunicación y la solidaridad.

¿Qué es lo que le toca a las humanidades en este panorama? Sabemos lo que atesoramos. Estamos convencidos del modo en que el saber libera y del necesario cauce que los valores deben ofrecer a su puesta en práctica. En mayor o menor medida hemos experimentado la realización que ofrece el cultivo de nuestra humanidad: la satisfacción de la rectitud, la alegría de la solidaridad, el gozo de la belleza, el deslumbramiento de la creación y el descubrimiento. Disfrutamos de los parabienes de este ocio y nos resguardamos de las vicisitudes del negocio. Somos, en suma, privilegiados y tenemos conciencia de nuestro privilegio. Y es que el cultivo del ideal humanista, anclado como está en la virtud de los valores, tiene un cuño ciertamente aristocrático: no hay consideración del deber ser que no plantee instancias de superación, que no nos abra los caminos que nos conducirán a ser mejores. Son los caminos de la verdad, de la belleza, de la excelencia, en suma, del bien. En relación con la situación del hombre actual estamos, entonces, en la misma posición que los viejos filósofos griegos que ensalzaban la vida teórica frente a las diversas formas de la vida práctica. Así nos pensamos, así nos vemos. Y así asumimos que son las cosas.

Pero la vieja dicotomía entre vida teórica y vida práctica es falaz. No hay que pensar mucho para darse cuenta de que la opción por la teoría no es sino una forma más —aunque quizá más digna—, una entre las tantas formas de la vida práctica. Con nuestro saber y su cultivo también nos ganamos el pan y desde la posición, elevada o no, que este quehacer nos brinda nos relacionamos con los demás. Confundidos por la dicotomía, y en no pocos casos por una cuota de soberbia, nos distinguimos del

resto. Pero es esa distinción, necesaria porque es constitutiva de nuestra vocación por lo mejor, la que ha sido puesta en cuestión en la actualidad. Para el hombre actual, sumido en un mundo que relativiza una y otra vez los valores, la esencia aristocrática del ideal humanista se convierte en separación, una que señalan los muros de estos claustros, una que remarca, a los ojos de los demás, nuestro discurso crítico y que, con el tiempo, se nos ha vuelto difícil hacer ver como un ideal compartido. Los nuevos valores que fluyen por las venas de la sociedad y la cultura contemporáneas enrostran al ideal humanista y lo sumen en una encrucijada que no es otra cosa que la crisis de las humanidades que percibimos y de la que aquí hablamos.

Son múltiples los escenarios de esta encrucijada. Por un lado, la alta cultura se ve enfrentada con la cultura popular que, potenciada por las industrias culturales, se ha convertido en un fenómeno de masas en el que habitan —aunque resulta difícil en muchas ocasiones desentrañarlas con claridad— la lógica del mercado y el carácter apabullante de la publicidad entrelazadas con cuotas mayores o menores de autenticidad, expresión personal y libertad creadora. Así, los términos opuestos de las dicotomías con las que se solía definir lo elevado terminan convirtiéndose en opciones personales, aquellas que uno escoge, con aparente libre albedrío, de entre el abanico de posibilidades que abre frente a nosotros el consumo cultural. La búsqueda de la belleza como valor universal se difumina en estos tiempos postmodernos y surgen ideas de lo bello para mí, compartimientos estancos y a veces incommunicables en los que lo excelso o lo antojadizo no responden ya a una axiología sino que constituyen opciones con igual legitimidad. Algo similar ocurre con el universo del discurso y la comunicación en el que el mundo letrado deja de ser el ámbito de la búsqueda de perfección del pensamiento y la expresión para convertirse en una mera opción frente al mundo oral y, cada vez más, frente a la experiencia mediática de la televisión, el videoclip y el universo multimedial. Y otro tanto sucede con las demás valoraciones sociales que igualan ideales, opciones políticas o preferencias sexuales y todo cuanto pueda ejercerse como una legítima conquista de la libertad individual.

La respuesta de las humanidades ante esta encrucijada ha sido la misma que han tenido siempre frente a lo que está ahí para ser comprendido. Pero la respuesta de los humanistas ha sido, creo yo, de otro cuño. Relativizada nuestra distinción, criticado nuestro apego a la tradición como conservadurismo —entendido este como necesariamente acompañado de igual signo político—, incomprendido nuestro discurso tildado de hermético y vuelto objeto de burla lo que parece ser nuestro poco apego a las consideraciones de índole pragmática, los humanistas hemos optado las más de las veces por un sentido «allá ellos» y adoptado, orgullosos, una suerte de destierro. No a otra cosa responden la vieja imagen del estudioso encerrado solo en su torre de marfil y tantas otras con las que se ha intentado graficar la opción por la teoría.

En un pasaje del *Galileo Galilei* de Brecht vemos al protagonista enfrentado con la falta de recursos que le aseguren el sustento y le permitan seguir adelante con sus investigaciones. Antes que amilanarse, Galileo se echa en cara lo ridículo que resulta que un hombre de sus capacidades no sea capaz de algo tan simple como ganarse el sustento y, azuzado por el reto, echa mano del ingenio y resuelve la situación con una argucia. No es la misma, pero nuestra situación es ciertamente parecida. Resulta demasiado irónico que, dedicados a comprender al hombre y su cultura, dedicados a desentrañar los misterios del lenguaje y a resolver los enigmas del pensamiento, acabemos por ocupar el lugar de los incomprendidos, hermeneutas incapaces de interpretar su situación, terapeutas atados de manos por sus propias contradicciones, rétores incapaces de convencer. Ya lo dije al iniciar esta intervención, no creo que haya una crisis de las humanidades. No creo que el ideal humanista haya perdido vigencia. A la luz de estas reflexiones, tiendo a ver eso que hemos denominado la crisis de las humanidades como un reflejo de cómo no hemos sabido enfrentar el reto político —en el sentido griego del ejercicio de la vida en la *polis*— que entraña la prédica del ideal humanista. Nos hemos dejado apartar del lugar que habíamos elegido para nosotros en la sociedad y hemos interpretado como simple incomprensión el modo en que la hora actual nos interpela cuando, en realidad, nos convoca. Las humanidades del futuro encontrarán, con seguridad, un modo de avanzar siendo fieles a sí mismas. Pero el futuro de las humanidades depende, en la hora actual, de que repensemos el papel de los humanistas del futuro. De que reconozcamos que lo que nos distingue de los demás no nos separa y que el sentido de la teoría es, también, mejorar la vida práctica, la nuestra y la de los demás. Quizá un primer paso sea el cambiar el centro de la reflexión e incidir menos en los modos en que el hombre actual se enfrenta a su deshumanización y buscar más, en cambio, modos efectivos de rehumanizarlo.

Recordémoslo: el desasosiego que nos infunde esa sensación de crisis no es otra cosa que un llamado, uno que viene desde nuestro interior y que conocemos con el nombre de vocación. Vocación por lo humano que estamos llamados a hacer florecer, también, allende estos muros.